

El ministerio hispano

Dr. Justo L. González



Conferencia Nacional de Estrategía del Ministerio Hispano
25-28 de junio de 1975

El ministerio hispano

Permítaseme comenzar esta noche declarando mi inquietud e insatisfacción con el tema que se me ha encomendado. Tal inquietud no nace en modo alguno de que me parezca equivocado empezar una consulta como ésta discutiendo los problemas económicos, sociales y políticos de nuestros hermanos y hermanas de raza. Al contrario, sí me parece muy acertado empezar en este punto. La inquietud nace más bien de la impresión que parece darse, según la cual las injusticias que sufrimos, la discriminación, los jornales de miseria, el alto grado de analfabetismo, los tugurios en que muchos de nuestros hermanos viven, todo esto es el problema a que tiene que responder la iglesia en general—que en este contexto prácticamente quiere decir la iglesia de los anglos.

No, hermanos. Desde la perspectiva bíblica el principal problema no somos nosotros. Cuando Israel estaba en Egipto, el verdadero problema no eran los israelitas. El problema era Faraón. Es muy posible, y hasta probable, que haya habido entre los egipcios algunos que se preocupaban por la injusticia que se cometía contra los israelitas, y que hayan tratado de mejorar las condiciones de ese pueblo esclavo. Si hubiera sido hoy, me imagino que algunos de esos mismos egipcios habrían convocado “conferencias de estrategia” para tratar sobre “los problemas de los israelitas”. Pero, repito, es aquí precisamente donde reside el error, ya que el problema no son los israelitas que sufren injusticia, sino los egipcios que la cometen. Y lo mismo podría decirse en términos del Nuevo Testamento, porque cuando aquél que fue tan pobre que

no tenía siquiera dónde reclinar la cabeza era vituperado y escarnecido, el problema no era él. El problema eran los ricos, los poderosos, los religiosos; aquéllos cuyos ídolos no podían soportar la Palabra del Dios vivo; aquéllos que se reunían en “conferencias de estrategia” para tratar acerca del “problema de Jesús”—y no olvidemos que entre 'ellos se encontraba hasta uno de sus propios discípulos.

Alguien ha dicho que en esta ciudad en que estamos reunidos las minorías son la mayoría. Esta paradoja es cierta, no sólo de esta ciudad, sino de todo este país. Si tomamos en cuenta el gran número de negros, indios, asiáticos, judíos, mujeres, y otros grupos contra los que se discrimina, resulta claro que los varones anglos no son más que una fracción de la población de este país. Y sin embargo, esa minoría se las arregla para hacerse pasar por la mayoría, para imponer los patrones mediante los cuales toda otra minoría ha de ser juzgada, y para hacernos creer que el problema somos nosotros más bien que ellos.

La minoría dominante usa principalmente de tres medios para mantenerse en el poder.

El primero de esos medios es su control de las estructuras del poder y de la economía, de los medios de comunicación en masa, de las directrices mediante las cuales se establecen y se juzgan los sistemas de educación, y de prácticamente todo otro modo de crear y moldear la opinión pública. De hecho, todo el sistema de educación de este país tiene el propósito, entre otros, de hacernos a todos creer que, para ser verdaderamente humanos, tenemos que ser

como la minoría dominante. El niño negro aprende que su cabello es “malo”, y que la verdadera “cultura” viene de Europa, y no de África. La niña blanca recibe el cruel mensaje de que buena parte de las actividades y metas humanas le están vedadas, por el solo hecho de su sexo. El niño hispano aprende que sus padres son ignorantes, porque no saben usar la gramática inglesa, o porque su acento es ridículo. Y a todos se nos insta a vivir con la meta inalcanzable y enajenante de ser como la minoría dominante—es decir, a todos menos a las mujeres, a quienes se les dice que deben seguir siendo serviles y obedientes amas de casa.

El segundo medio que la minoría dominante utiliza para mantenerse en el poder es su estrategia de dividir a las otras minorías, de modo que buena parte de nuestras energías se malgastan, no en combatir las injusticias del sistema, sino en combatirnos unos a otros. A las mujeres se les dice que los negros son ladrones y violadores de mujeres, de modo que la protección de los varones blancos se les hace necesaria. A los negros y a los hispanos se les dice que el movimiento feminista está sencillamente tratando de recobrar algo del poder que los anglos han perdido. A los hispanos se nos dice que en fin de cuentas somos más o menos blancos, de modo que si trabajamos duro y aprendemos las reglas del juego algún día podremos ser como ellos. A los habitantes originales de estas tierras se les dice que gozan de la protección de tratados especiales que les distinguen de las demás minorías. A todos se nos dice que, en aras de la justicia, se ha reservado para las minorías una parte del “pastel”. Se nos dice que hay empleos, becas, fondos gubernamentales, posiciones ejecutivas, y otras “golosinas” semejantes, reservadas para las “minorías”, y de ese modo se nos echa a pelear unos contra otros—como los

perros que se pelean por las migajas bajo la mesa. Y todo esto—dicho sea de paso—sucede no sólo allá fuera, en “el mundo”, sino que sucede también, y constantemente, en la iglesia.

Y esto nos lleva al tercer medio que la minoría dominante utiliza para mantenerse en el poder.

Porque ese medio no es otro que una burda tergiversación o caricatura del mensaje bíblico. Esta tergiversación se debe a un cambio de perspectiva, que le hace muy difícil a quien goza del poder escuchar la Palabra del Dios vivo. En efecto, la Biblia es un libro escrito, en su mayor parte, desde la perspectiva de una minoría oprimida. La Biblia comienza hablando de un pueblo nómada y desposeído a quien Dios le promete una tierra. Después nos habla de un pueblo esclavo a quien Dios libera de la opresión y guía a través del desierto hasta la tierra prometida. Una vez conquistada la tierra y establecido el reino, es curioso cómo la Biblia nos ofrece mucho menos la perspectiva de los reyes y de su séquito que la perspectiva de los profetas que criticaron su impiedad e injusticia. En el Nuevo Testamento, el Evangelio según San Lucas comienza con María cantando:

Me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre, y su misericordia es de generación en generación A los que le temen. Hizo proezas con su brazo; Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos (1:49-53).

Nuestro Señor no tenía dónde reclinar la cabeza, y pasó buena parte de su ministerio con pescadores y prostitutas. Y el apóstol Pablo—el único de entre los primeros dirigentes de la iglesia que podría decirse que pertenecía a la clase privilegiada—dice sin embargo que es precisamente la condición de los humildes y desposeídos la que Dios utiliza para avergonzar a

los poderosos:

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a los fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es (I Cor. 1:26-28).

Pero con el correr de los años aquella primitiva iglesia de los desposeídos fue convirtiéndose, primero, en la iglesia poderosa—y en esto se vio el poder del Evangelio en acción—y después, en la iglesia de los poderosos—y en esto consiste precisamente la tergiversación del Evangelio que hoy sirve de apoyo a la minoría dominante. Esta tergiversación tiene enormes alcances, y de tener aquí tiempo podríamos mostrar cómo ha afectado, no sólo la vida práctica de la iglesia, sino también nuestra doctrina de Dios, de la encarnación, de la iglesia, de la salvación, etc. Baste decir por ahora que con demasiada frecuencia la iglesia y la teología cristiana se han aliado con los poderosos y los opresores, y así ha resultado una supuesta palabra de liberación que frecuentemente se asemeja más a la palabra de Faraón hacia los israelitas que a la Palabra de Dios hacia Moisés y su pueblo oprimido.

Esto no quiere decir que la iglesia y la fe cristiana hayan sido simple y sencillamente un medio de opresión y de explotación. Quienes tal afirman se olvidan de que fue precisamente en la supuesta civilización “Cristiana” que surgió la lucha moderna por la liberación y la justicia social, y que muchos de los principales promotores de esa lucha han sido, o bien cristianos confesantes, o al menos personas profundamente influidas por la tradición judaicocristiana. Empero la razón de esto no es que la iglesia y los cristianos en general hayamos sido tan sabios,

buenos y bondadosos, sino más bien que tanto la iglesia como los cristianos hemos tenido que enfrentarnos continuamente al Dios liberador de quien las Escrituras testifican. El nuevo vino del evangelio no puede retenerse en viejos odres, y de continuo se derrama por donde menos lo esperamos. Frente a todos nuestros esfuerzos por establecer nuestra autoridad y tiranía sobre los demás, el Dios siempre soberano continúa hiriéndonos con aquella misma palabra dicha a Faraón: “Deja ir a mi pueblo”.

Pero el corazón de Faraón ha sido endurecido. Faraón no puede escuchar la Palabra de Dios en tanto esté preocupado con la construcción de grandes imperios, y con su balanza de pagos, y con su prestigio mundial. Es posible que no haya salvación posible para Faraón. Bien puede ser que ensordecido por su poder, Faraón no pueda escuchar el reclamo divino, que el futuro no le depare más que una serie de plagas, y que al fin se ahogará bajo las ondas del Mar Rojo—o del petróleo, el azúcar y los bananos.

Por otra parte, también puede ser que los faraones de hogaño, como la Nínive de antaño, escuchen el reclamo divino, y que Dios se arrepienta del mal que ha deparado para la ciudad. Pero en todo caso, lo que sí resulta claro es que Faraón no puede oír la voz de Dios directamente. Su dios es poco más que un ídolo que él mismo se ha creado para sancionar y sacralizar su poder. Las plagas que le acosan a causa de su injusticia no le parecen ser más que dificultades pasajeras que se solucionarán mediante mejores planes, diplomacia internacional, y promesas vanas. Faraón no puede ver que el propósito de Dios en la historia no es la

preservación de Egipto, por muy avanzada que sea su civilización, sino que es más bien la liberación de sus criaturas humanas para que puedan ser aquello para lo cual fueron creadas—liberación del pecado en todas sus dimensiones, tanto individuales como sociales y políticas. Esto sólo pueden verlo aquéllos a quienes Dios está liberando del yugo de Egipto. Dios le habla a Faraón, no en los templos donde en fin de cuentas no se adora sino al propio Faraón, sino que le habla más bien en la voz de los oprimidos: “Deja ir a mi pueblo”. O bien Faraón oye esta voz, o no oye la voz de Dios.

Y es aquí que cobra especial importancia el ministerio de las minorías oprimidas—nótese bien, no el ministerio a o para las minorías oprimidas, sino el ministerio de esas minorías. Faraón no está sentado tan sólo en su trono en Washington o en Wall Street. Faraón también se ha posesionado de nuestros templos, y está constantemente tratando de colocar los ídolos de su poder y de su prestigio en lugar del Dios de Israel, Dios vivo, Dios de amor y de justicia. Cuando los “profetas” hablan, a menudo Faraón no oye sino el eco de su propia voz. No olvidemos, sin embargo, que no es sólo la minoría anglo-sajona y masculina la que representa a Faraón en nuestra sociedad. En tanto y en cuanto cada uno de nosotros participa de las estructuras de opresión, y se beneficia de ellas, cada uno de nosotros es también Faraón. Faraón es la mujer blanca que se beneficia con la opresión del hombre negro. Faraón es el hombre hispano que oprime a la mujer hispana. Faraón es el ciudadano norteamericano que lucra gracias a la injusta distribución de las riquezas y de las oportunidades entre las diversas naciones del mundo. Dicho de otro modo, la opresión es una realidad insidiosa, que acaba por deshumanizar tanto al

oprimido como al opresor, pues el oprimido llega al máximo de su opresión cuando comienza a practicar con otros la misma injusticia que con él se comete. Pero esto no ha de utilizarse para borrar la distinción entre quienes están esencialmente sentados en el trono de Faraón y quienes llevan las sandalias de Moisés. Faraón trata de hacerse pasar por israelita cuando la esposa de un político rico y poderoso se presenta ante las cámaras de televisión para asegurarnos que ella está tratando de vencer la inflación sirviendo más queso y menos carne; o cuando un oficial del gobierno tiene el descaro de decirnos que quienes más han sufrido en la presente situación económica son los corredores de bolsa; o cuando la gente de clase media se queja de que el precio de la carne se está acercando a una hora de salario mínimo. Son los que no pueden comprar carne ni queso, los que ni siquiera saben qué son las acciones de la bolsa, los que no están cubiertos por leyes de salario mínimo, quienes con más autenticidad pueden hoy proclamar la Palabra de Dios: “Deja ir a mi pueblo”. Los demás de nosotros—blancos, negros, amarillos, rojos, cobrizos, varones y mujeres—sólo podemos oír esa voz en la medida en que estemos dispuestos y seamos capaces de tomar el partido de los oprimidos—y de Dios junto a ellos—en su lucha por la liberación.

Es aquí, repito, que cobra especial importancia el tema de esta conferencia. Si en este país—y de hecho en todo el mundo—se da la paradoja de que las minorías son la mayoría, resulta que una perspectiva minoritaria sobre el Evangelio—una perspectiva como la que los hispanos podemos traer a él—es mucho más que un comentario periférico, o una nota al calce de la proclamación de la iglesia. Lo que nosotros hemos de traer a la iglesia, nuestro ministerio como

hispanos, es la palabra y la acción profética que destruya los ídolos de Faraón y llame a la iglesia a proclamar de nuevo, a vivir de nuevo, a sufrir de nuevo, el mensaje del Evangelio cristiano, que Cristo es verdaderamente Dios con nosotros—o mejor aún, que Cristo es Dios verdaderamente con nosotros.

Dicho de otro modo, mis hermanos y hermanas, nuestro ministerio consiste, simple y llanamente, en hacer posible que la Iglesia de los Discípulos de Cristo sea verdaderamente discípula de Cristo ...

Una de las pruebas más claras del prejuicio y menosprecio de que somos objeto en esta sociedad es el modo en que se nos trata como advenedizos en tierras que hollaron las plantas de muchos de nuestros antepasados, y donde la lengua de Cervantes se habló mucho antes que la de Shakespeare. La verdad, que raras veces se recalca en los textos de historia, es que, desde el punto de vista histórico, no somos nosotros los recién llegados a este país, sino los anglos. El estado de Georgia, donde actualmente resido, fue gobernado hace siglos desde Cuba, donde nació. Pero son pocos los georgianos que saben esto. Diecinueve años antes de que Sir Walter Raleigh fundase su famosa colonia en Virginia, los españoles fundaron en la Florida la ciudad de San Agustín, que aún existe. Y doce años antes de que los peregrinos desembarcaran en Plymouth Rock los españoles fundaron la ciudad de Santa Fe, en Nuevo México. De hecho, los primeros hispanos que llegaron a formar parte de este país no fueron inmigrantes. No fueron ellos quienes vinieron al país, sino el país el que fue hasta ellos en su proceso expansionista.

Este proceso comenzó en 1810, cuando los Estados Unidos se anexaron la Florida occidental a fin de tener una salida al Golfo de México—que era entonces verdadera y literalmente el Golfo de México. Y ya en 1853 los Estados Unidos se habían anexado, por diversos medios que son de todos conocidos, lo que son hoy los estados de Florida, Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Utah, además de porciones importantes de Colorado, Kansas, Oklahoma y Wyoming. Estos territorios incluían más de la mitad de lo que antes había sido México, y en su totalidad eran mucho más que lo que antes habían sido todos los Estados Unidos.

Aunque es cierto que todavía somos muchos los hispanos que recordamos ese proceso con cierto dejo de amargura, ésa no es la razón por la que lo menciono aquí. Según el antiguo dicho, “Ladrón que roba a ladrón, ha cien años de perdón”. Y resulta claro que los medios que los españoles utilizaron para posesionarse de esos territorios no fueron más honorables que los que después utilizaron los estadounidenses. El principio según el cual el que llegó primero a un lugar o a una posición tiene derecho absoluto, es una de las principales excusas de la injusticia presente, y en todo caso, si fuéramos a ver quién llegó primero ese derecho les correspondería a los indios—y aún entonces habría que determinar qué tribu desposeyó a otra aún antes de la llegada de los europeos.

No. La razón por la que recuento aquí muy brevemente el proceso expansionista de los Estados Unidos es sencillamente recalcar el hecho de que las raíces hispanas en este país son viejas y

profundas, y que por tanto no se nos puede entender sencillamente sobre la misma base en que se entienden las diversas olas de inmigrantes que han venido a través del Atlántico. Los hispanos hemos estado en este país por tanto tiempo, y en tal todo hemos mantenido nuestra identidad, que resulta harto dudoso que vayamos a seguir el mismo proceso de asimilación que han seguido los suecos, irlandeses y alemanes. Tanto más ahora, cuando existe una conciencia creciente del valor de nuestra propia cultura y tradiciones, y cuando estamos por tanto menos dispuestos a permitir que se nos asimile en el resto de la sociedad y se olvide nuestra contribución, resulta fácil predecir que los hispanos estaremos aquí mañana, y por tantos “mañanas” como le plazca a Dios concederle a este país. Si los hispanos no perdimos nuestra identidad cuando creíamos que esta sociedad era un gran potaje democrático en el que a la larga todos se mezclaban por igual, mucho menos hemos de perderla ahora que ya no creemos en esa teoría. Aunque todavía hay algunos hispanos—principalmente los de llegada más reciente—que creen que la asimilación es posible y deseable, la inmensa mayoría—inclusive los hijos de algunos que se creían completamente asimilados—están regresando a sus raíces históricas, y afirmando su propia identidad, no como algo de qué avergonzarse, sino como motivo de orgullo y base de la dignidad propia.

Este proceso va unido a una creciente conciencia de solidaridad entre los diversos grupos hispanos. No cabe duda de que cada uno de estos grupos es distinto. Las diferencias entre ellos son de todos conocidas. Pero lo que resulta notable en los últimos años es el creciente sentido de comunidad entre estos diversos grupos.

Este creciente sentido de solidaridad se aglutina alrededor de dos focos principales: el “socio-político”, y el “cultural”.

El foco socio-político de la solidaridad hispana proviene del hecho de que nos estamos dando cuenta creciente de nuestra escasa participación en las decisiones que le dan forma a nuestras vidas. Nuestra participación en los niveles administrativos es escasísima en las empresas para las que trabajamos—y esto, dicho sea de paso, también incluye a la iglesia. Hasta la fecha muy reciente, los políticos se han ocupado poco de nuestro voto—y , excepto en aquellos lugares donde somos muy numerosos, todavía se ocupan poco de él. Puesto que nuestra organización política al nivel nacional es prácticamente nula, la presión que podemos aplicar sobre el gobierno federal es también nula. Por estas razones, mientras en cierta medida nos hemos beneficiado con las leyes contra el discrimen racial que han resultado del movimiento de derechos civiles dirigido por los negros, también es cierto que esas leyes se aplican con menos rigor donde somos nosotros el principal objeto del discrimen.

Frente a estas realidades, los hispanos nos estamos volviendo políticamente más astutos. Al mismo tiempo que no negamos las diferencias que existen entre nuestros diversos grupos, estamos cada vez menos dispuestos a permitir que esas diferencias nos lleven a malgastar nuestras energías peleando entre nosotros en lugar de oponernos a la opresión común. Algunos nos vamos percatando del papel que juegan los intereses agrícolas de California, tratando de

convencer a los cubanos anti-comunistas de la Florida de que el boicot contra las uvas y la lechuga es parte de un gran complot comunista. Y los mismos intereses tratan de convencer a los chicanos de que todos los cubanos son reaccionarios que no han de apoyar su movimiento. En esta misma ciudad, quienes se benefician de la mala vivienda encuentran cada día más dificultades en su vieja estrategia de contraponer los diversos grupos hispanos a fin de lograr sus propósitos. Luego, lo que está sucediendo es que los hispanos estamos comenzando a unirnos por razón de la clara necesidad política de unirnos si no hemos de ser ignorados y aplastados. Este proceso, que apenas comienza, es una de las más significativas señales de esperanza para el pueblo hispano. ¿Será demasiado esperar que la iglesia, especialmente en reuniones como ésta, contribuya también a ese proceso?

El otro foco de nuestra creciente solidaridad, es decir, el foco “cultural”, es naturalmente el idioma español. Para muchos hispanos en el pasado, la barrera del idioma fue uno de los principales obstáculos que impidieron su avance social. Muchos padres, tratando de evitar que sus hijos tuvieran las mismas dificultades que ellos habían experimentado, hablaban en el hogar su mal inglés y abandonaban el español. La propia iglesia siguió la misma política, y no faltaron escuelas de la iglesia en las que se prohibía a los alumnos hablar español. Puesto que la educación era en realidad un proceso de socialización, en muchas comunidades el español se perdió como lengua escrita y como instrumento de comunicación precisa, y quedó sólo como el idioma subdesarrollado en el que sólo era posible expresar aquellas cosas aprendidas en la cuna—cosas menos sofisticadas quizá, pero que a pesar de ellos constituyen los elementos más

importantes en la vida humana.

Todo esto está pasando. Las nuevas generaciones hispanas, aguijoneadas por el ejemplo de los negros y de otros grupos minoritarios, están volviendo a sus raíces culturales. En varias universidades hay grupos de estudiantes hispanos exigiendo que se les den cursos de cultura hispana en español. Cada día es mayor la presión que se ejerce sobre los sistemas escolares donde hay fuertes grupos hispanos, exigiendo que la educación sea bilingüe. Por todas partes vamos descubriendo la miopía norte-Atlántica de que padece este país. Vemos, por ejemplo, que en esta misma década una de las más prestigiosas empresas editoriales del país se atreve a publicar una colección de varios volúmenes bajo el título de Los anales de América, en la que prácticamente se desconoce la obra de nuestros antepasados indios, españoles y africanos. Hasta el mismo nombre de “América” nos lleva a preguntarnos, ¿qué orgullo inaudito es capaz de llevar a los habitantes de un solo país a apropiarse el nombre de todo un hemisferio?

Este proceso de despertar cultural ha de ser visto como un desarrollo positivo. Mediante el regreso a sus raíces culturales, las nuevas generaciones hispanas están logrando un nuevo sentido de identidad y dignidad. Están siendo liberadas para vivir vidas auténticamente suyas, y para determinar su propio futuro sobre la base de sus propios valores y medidas, y no a base de metas establecidas por otros. Esto puede atemorizar a muchos. No cabe duda de que se trata de un proceso peligroso, ya que la libertad siempre implica riesgo. Pero sin tal libertad y riesgo es imposible ser las plenas criaturas humanas que Dios nos llama a ser.

Esto no quiere decir, sin embargo, que este despertar de la cultura hispana haya de identificarse sin más con la liberación cultura hispana haya de identificarse sin más con la liberación que Dios está obrando en el mundo de hoy. La cultura puede ser un instrumento liberador para quienes se sienten oprimidos por valores y reglas establecidos por otros. Pero hay que tener en cuenta que, desde otra perspectiva, la “cultura” bien puede no ser más que otro medio de opresión. En este sentido, la “cultura” es todo un sistema de valores y de medidas que quienes están en el poder establecen para legitimar su propio poder y mantener a los demás subyugados. La “cultura” se desarrolla principalmente en el momento culminante del poderío de una nación o grupo. El período de oro de la cultura española fue también el punto culminante del imperialismo español; y esa cultura—incluyendo en ella la religión española—fue utilizada para subyugar a los pueblos supuestamente “incultos” que habitaban este hemisferio. Por lo tanto, aunque aquí y ahora la cultura liberadora, nosotros los hispanos no debemos olvidar que fue formada y determinada por los faraones de los siglos dieciséis y diecisiete.

En conclusión, es posible que nuestra tradición nos ayude en algún modo a comprender mejor el significado del Evangelio, y que podamos ofrecerles esa comprensión a los demás. Pero nuestro más importante ministerio, lo que podremos ofrecer a la iglesia y al mundo en general, no surgirá directamente de nuestra participación en la cultura hispana. Surgirá más bien de nuestro redescubrimiento del mensaje liberador del Evangelio; y ese redescubrimiento surgirá a su vez de nuestra participación, juntamente con la iglesia primitiva, con Jesús y los apóstoles,

con los negros y los asiáticos, en la condición de minoría desposeída—en la condición de “siervo” que Dios asumió en Jesucristo.

